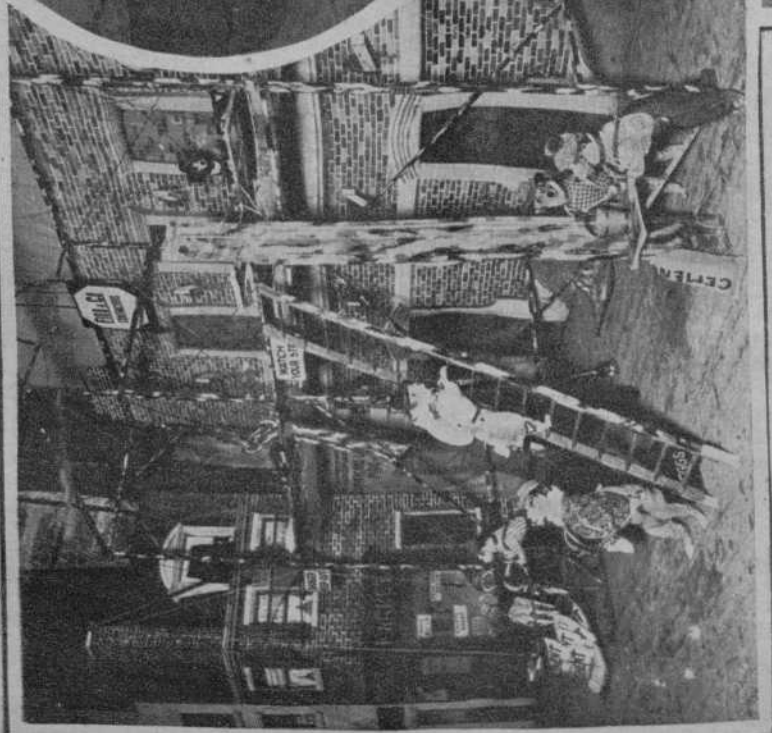
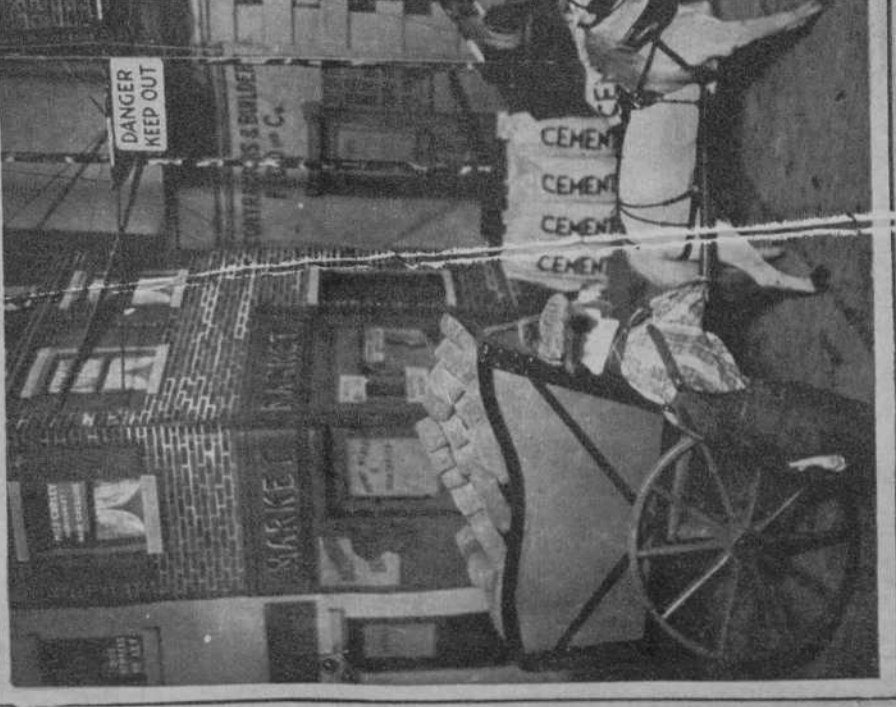


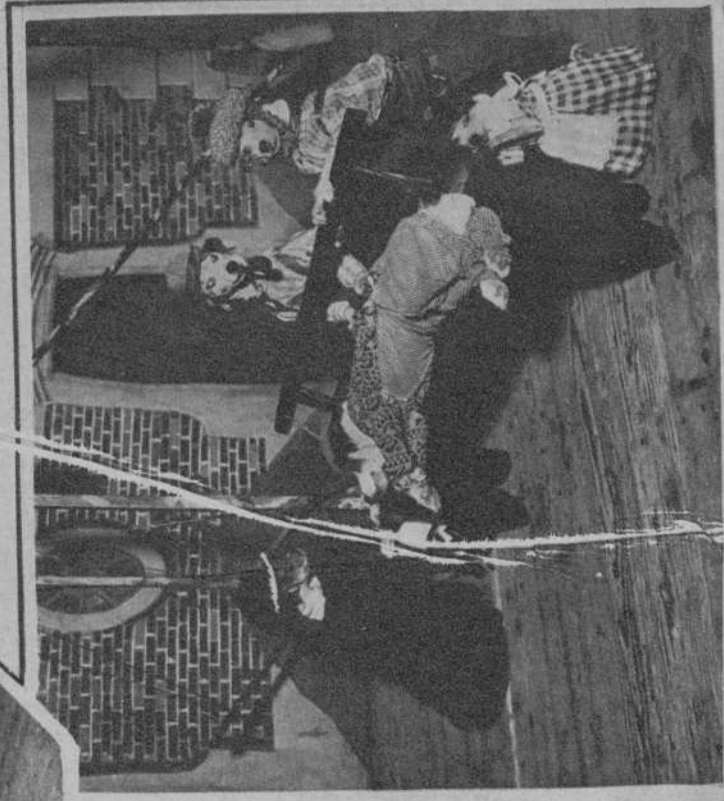
LOS PERROS ALBARILES, GLORIA DE LA RAZA DANINA.



LOS PERROS EN PLENO FRENSI CONSTRUCTIVO, TAL COMO APARECEN EN UN TEATRO PARISIEN.



LEONARDO GAUTIER, EL PACIENTE Y ASTUTO DOMADOR DE LOS PERROS ALBARILES.
(Fots. Consorcio).



UN ACCIDENTE... LA FAMILIA PERRUNA ROMEEA LA VICTIMA, QUE HA CAIDO DE LO ALTO DE UN ANDAMIO.



EL TRANSPORTE DE MATERIALES NO DEJA NADA QUE DESEAR.

PAGINAS
EXTRAORDINARIAS
DE
El Día Gráfico

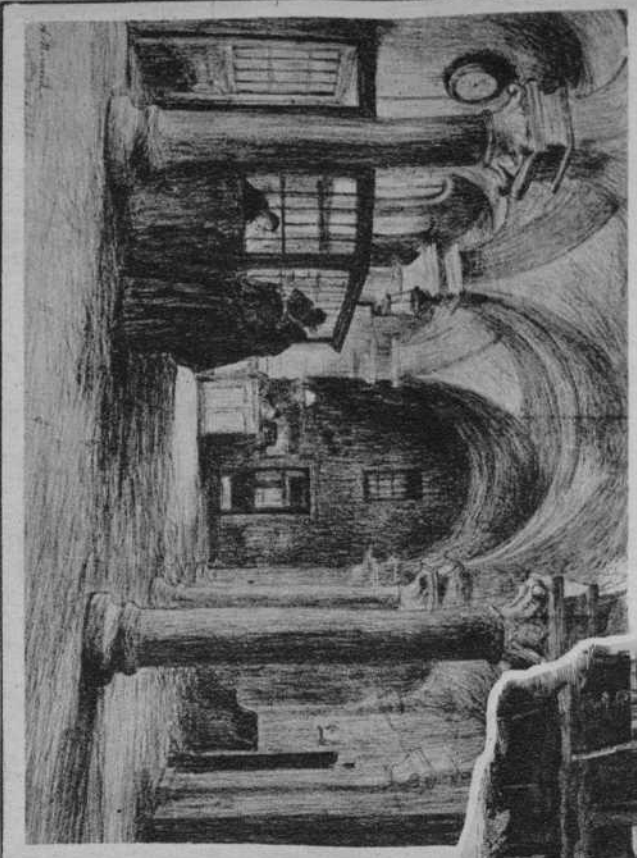
NUM
92

ENERO
15
1928

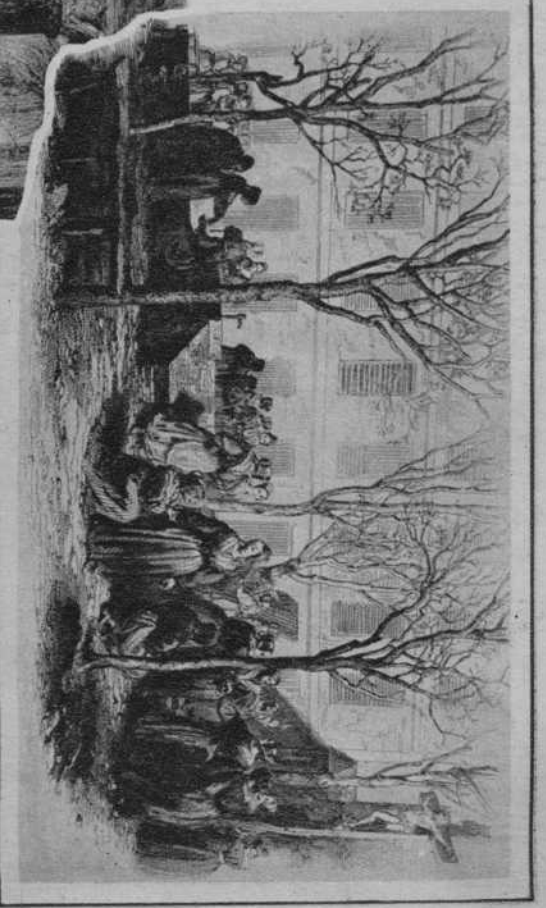


LA SEÑORA TANYA BOYDANOFF.—Esta bailarina y compositora rusa intentó suicidarse en Venecia porque, según declaró, no podía soportar la asiduidad de los admiradores de su belleza. (F. Keystone)

Algunos aspectos de la famosa cárcel de San Lazaro, inmortalizada por la novelística francesa.



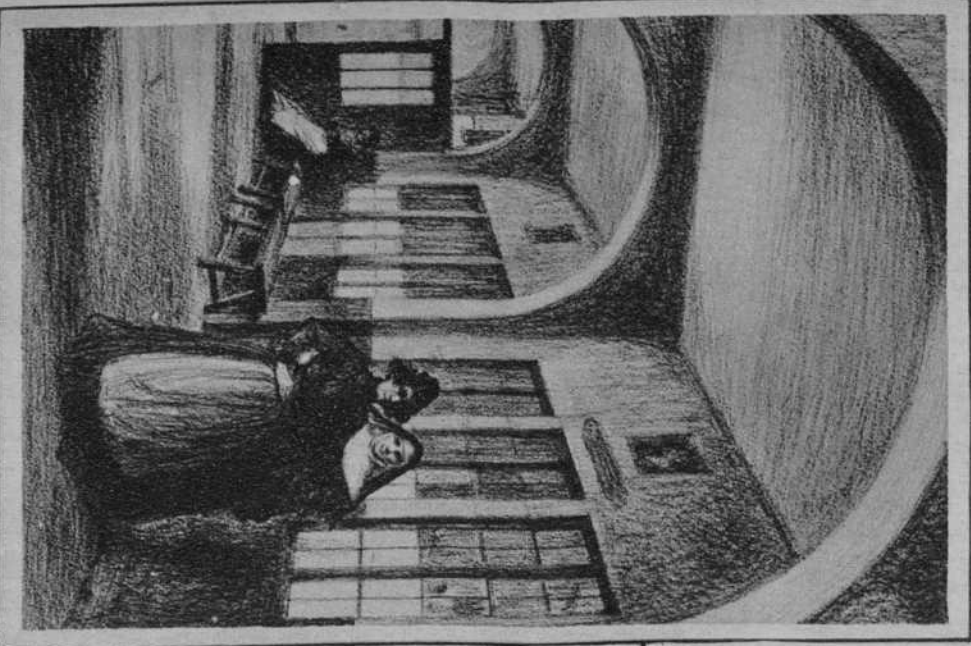
EL VESTIBULO DE ENTRADA



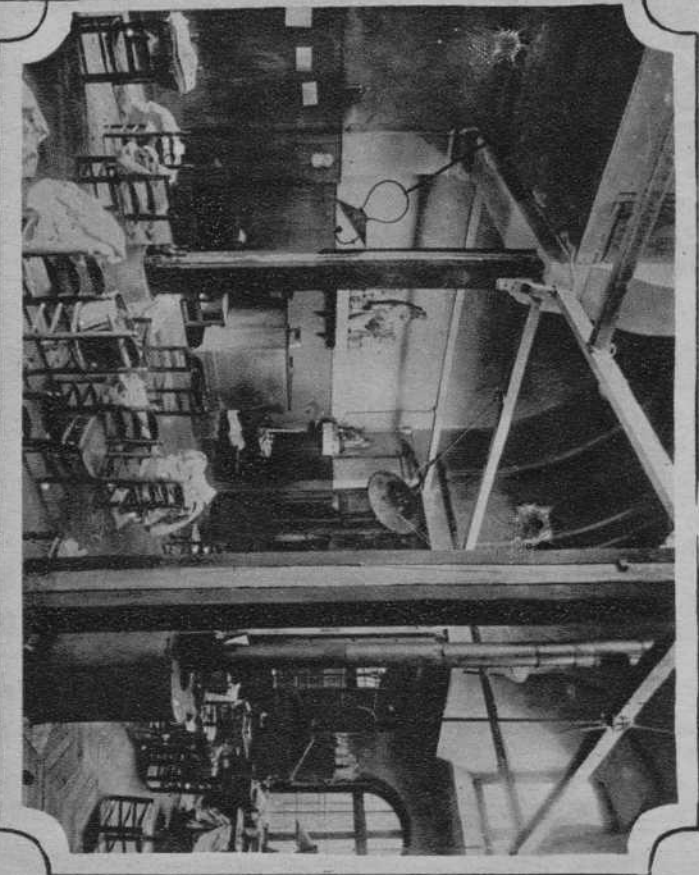
EL PATIO DE LA CANCEL, SEGUN UN GRAVADO DEL SIGLO XVIII



SAN VICENTE DE PAUL, FUNDADOR DE SAN LAZARO.



EL LOCUTORIO



EL TALLER DE ROPA BLANCA (Fot. Consorcio)



Faust y Margherita galopando en la noche del sabbath.

RECIENTEMENTE SE HAN EX-
PUESTO ALGUNOS DIBUJOS DEL
GRAN PINTOR
EUGENIO DELACROIX

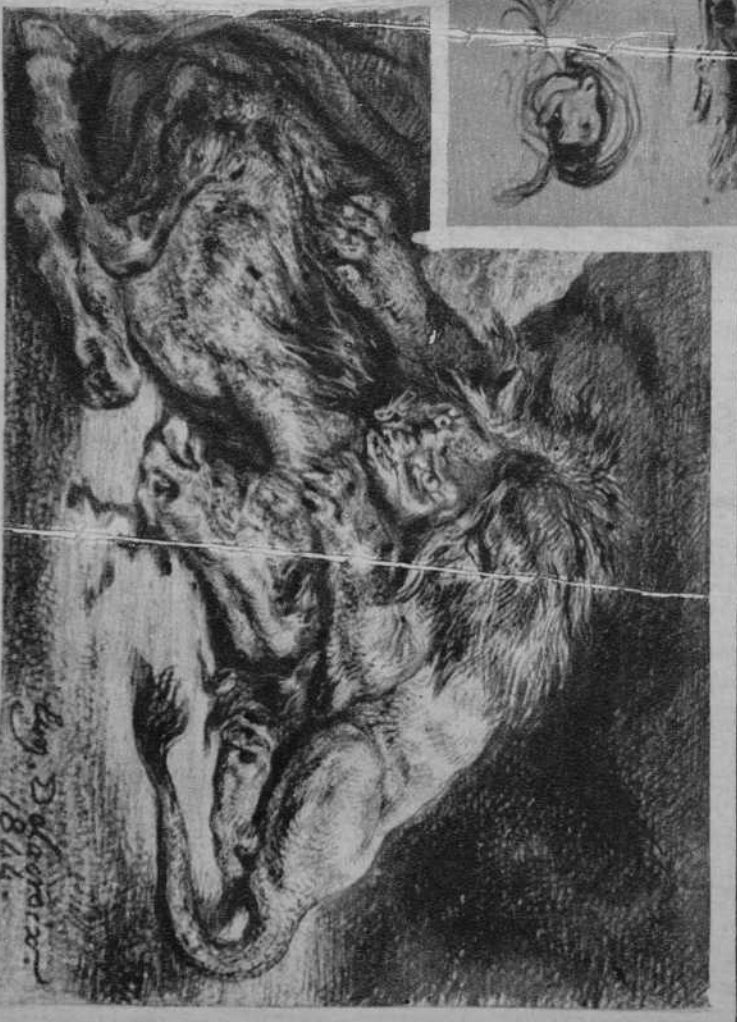


Judíos de Arxel.



Combate de Graeur y del Pachá.

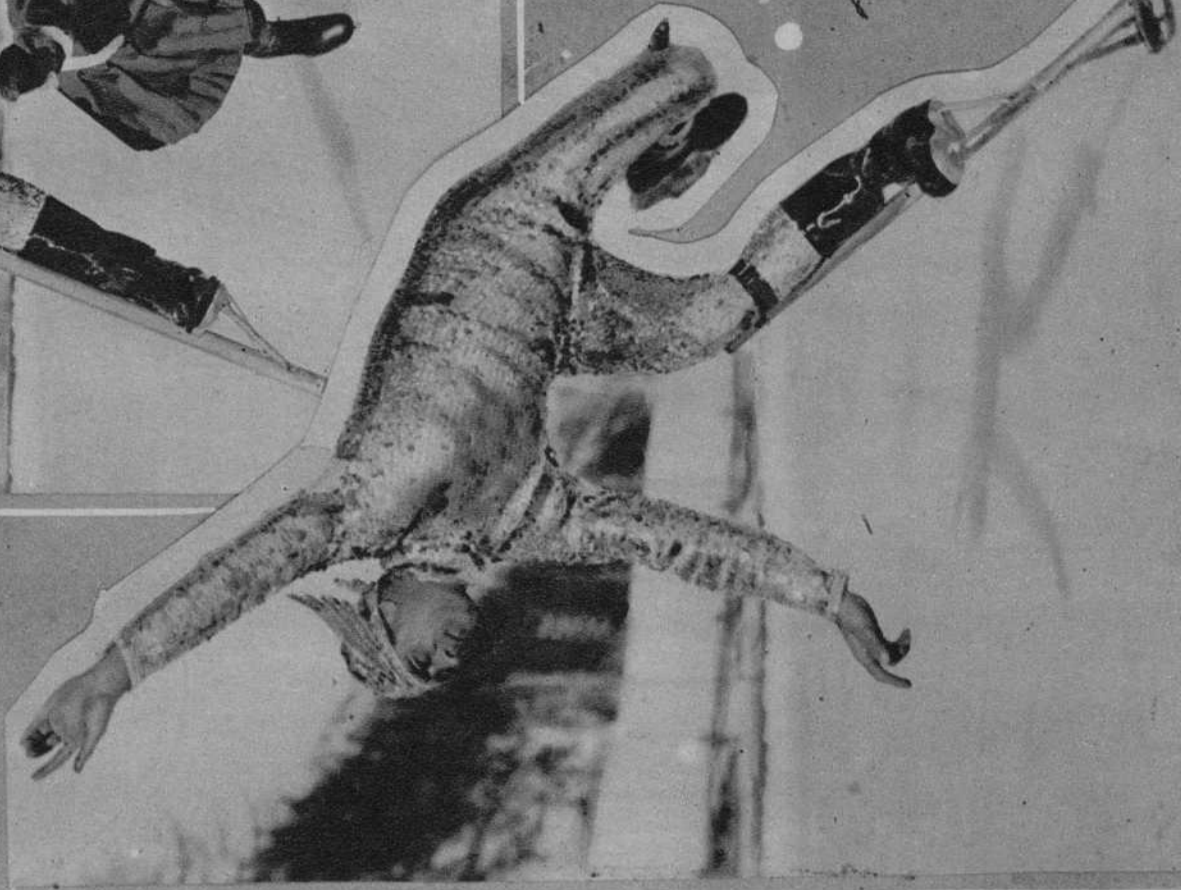
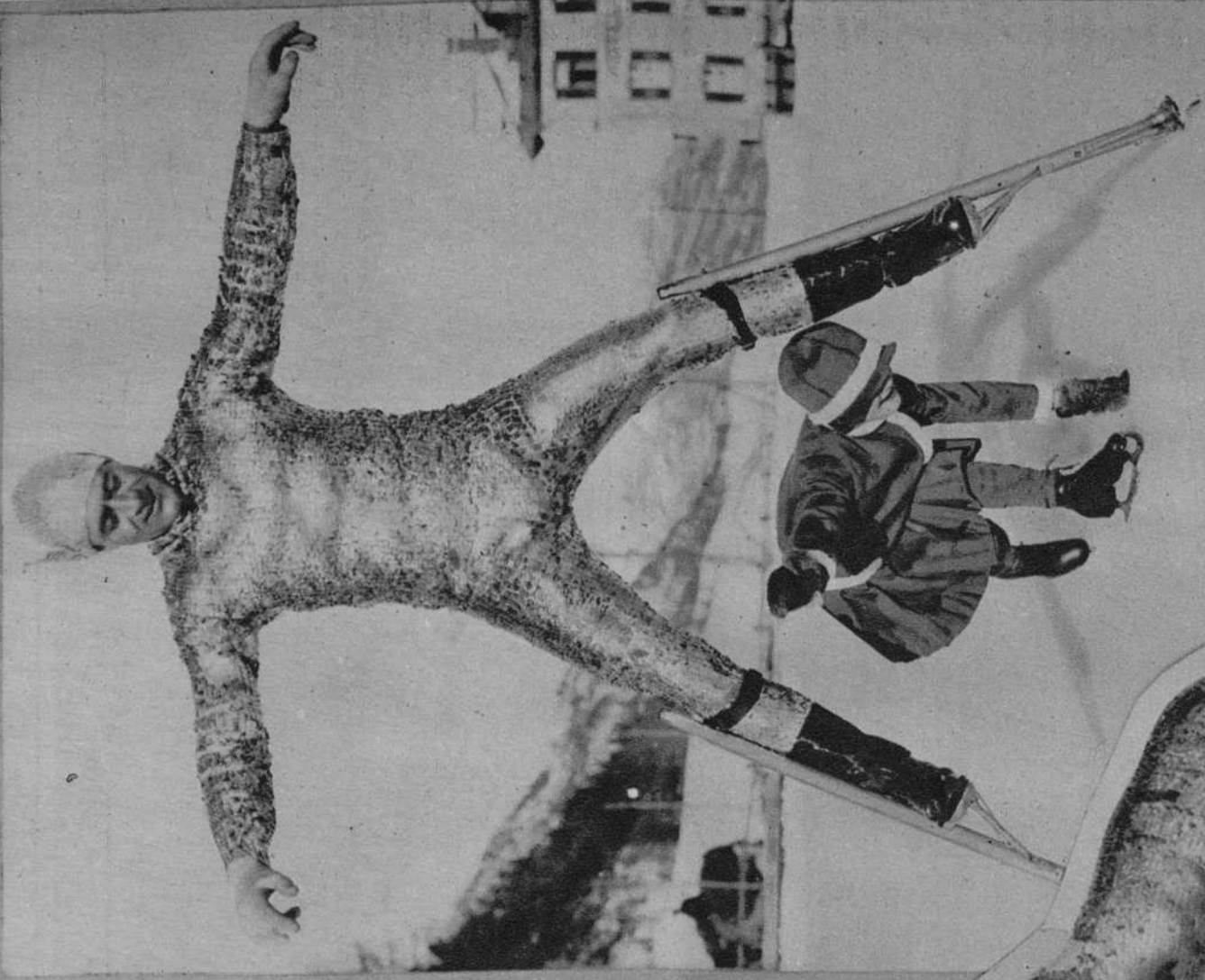
(Fot. Consorcio)



León devorando un cabaño.

HERMES SOBRE ZANCOS

La hija de Phil Taylor pasa
bajo el puente.
(Fot. Keystone).



Mr. Phil Taylor, el famoso per-
tinador americano, desfilan-
dose sobre zancos en las pla-
tas de Saint Moritz.

GRANDES JINETES DEL FAR-WEST AMERICANO

MIKE STUART, CAMPEON
DE LOS JINETES DE
ARIZONA.



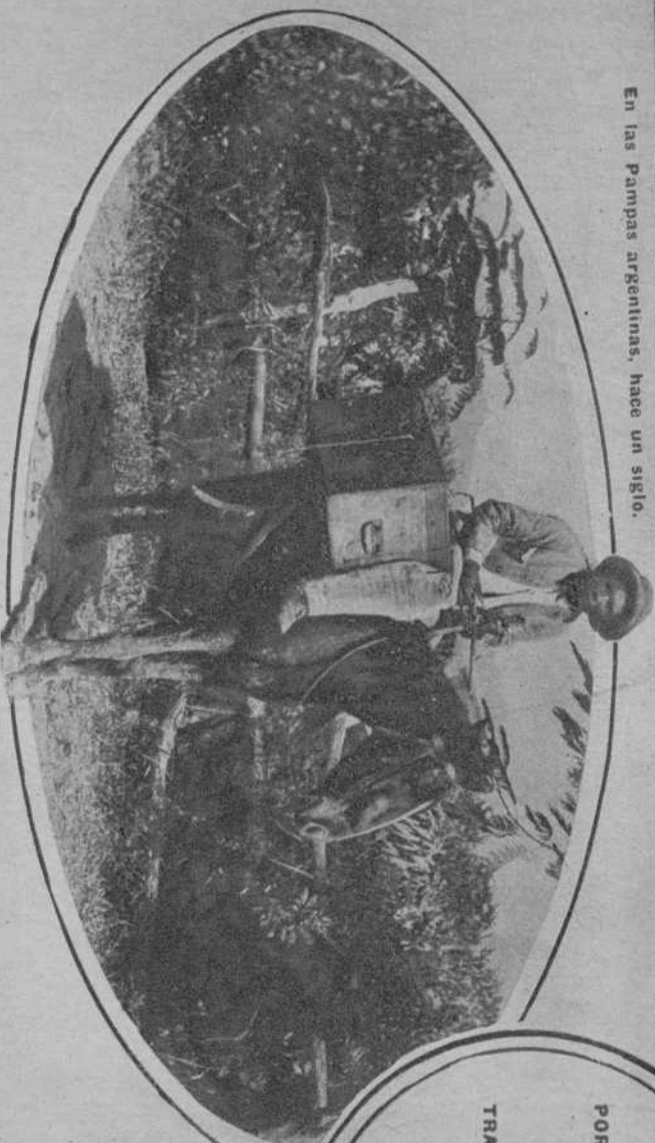
BREZZY COX, CAMPEON DE
WYOMING.
(Fot. Keystone).



UN JINETE DE RAPID CITY,
ACUANTANDESE SOBRE LA
SILLA



En las Pampas argentinas, hace un siglo.

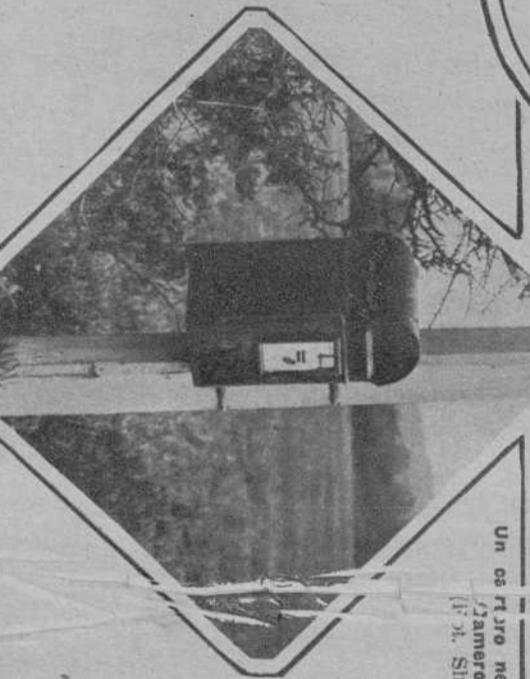


En la campaña de Puerto Rico: el correo a caballo.

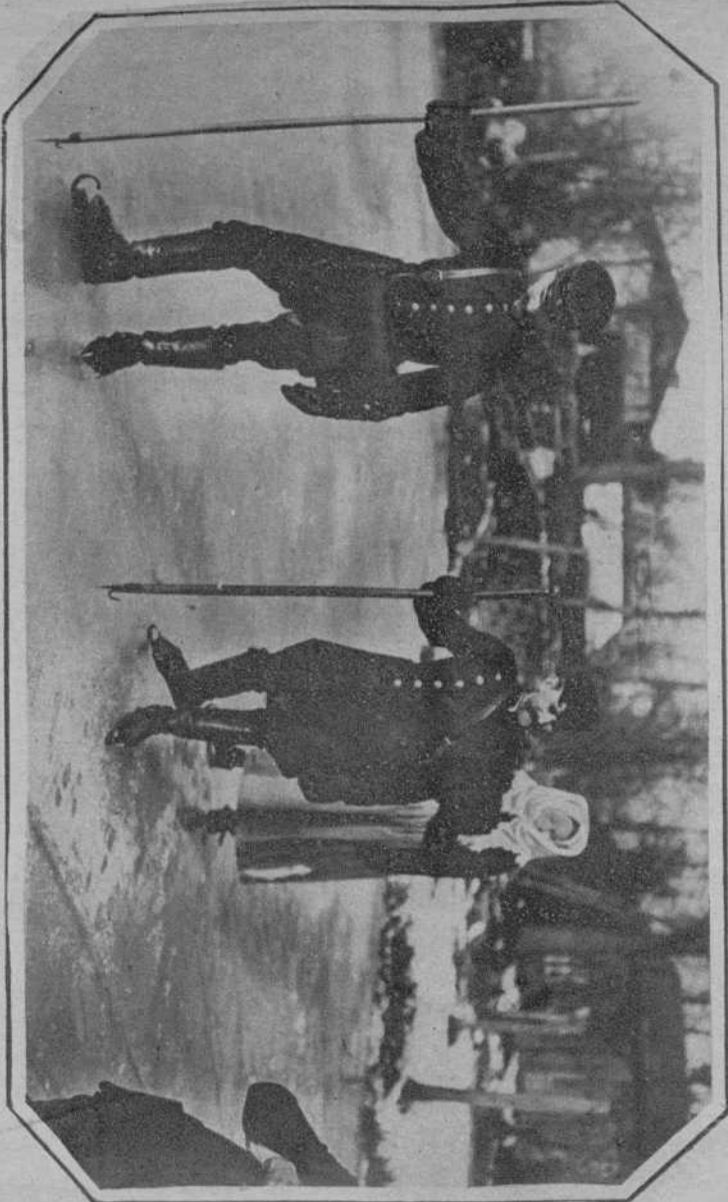
UN
PEQUEÑO
PORTFOLIO DEL SERVICIO
POSTAL
A
TRAVES DE LOS DIVERSOS
CLIMAS
Y
NACIONES



Un correo negro en el
Cameroon,
(F. St. Sierbi).



Un buzón de correos en pleno campo, cosa posible e en Ingla-
terra y tal vez arriesgada en otros países.



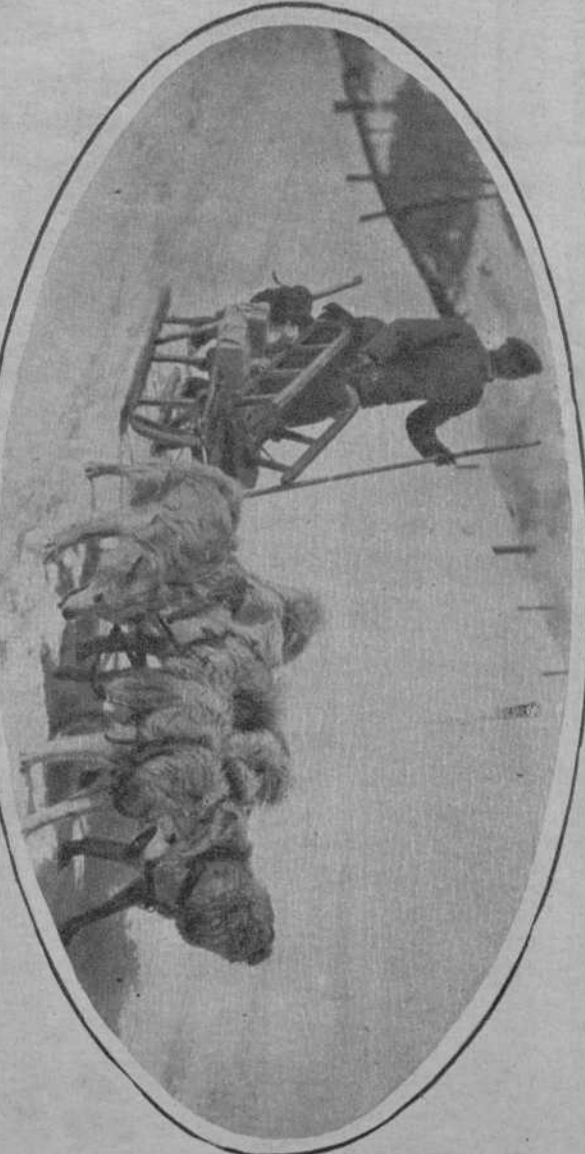
En la región de Spreewald (Alemania): los carteros con patines sobre los
canales helados.



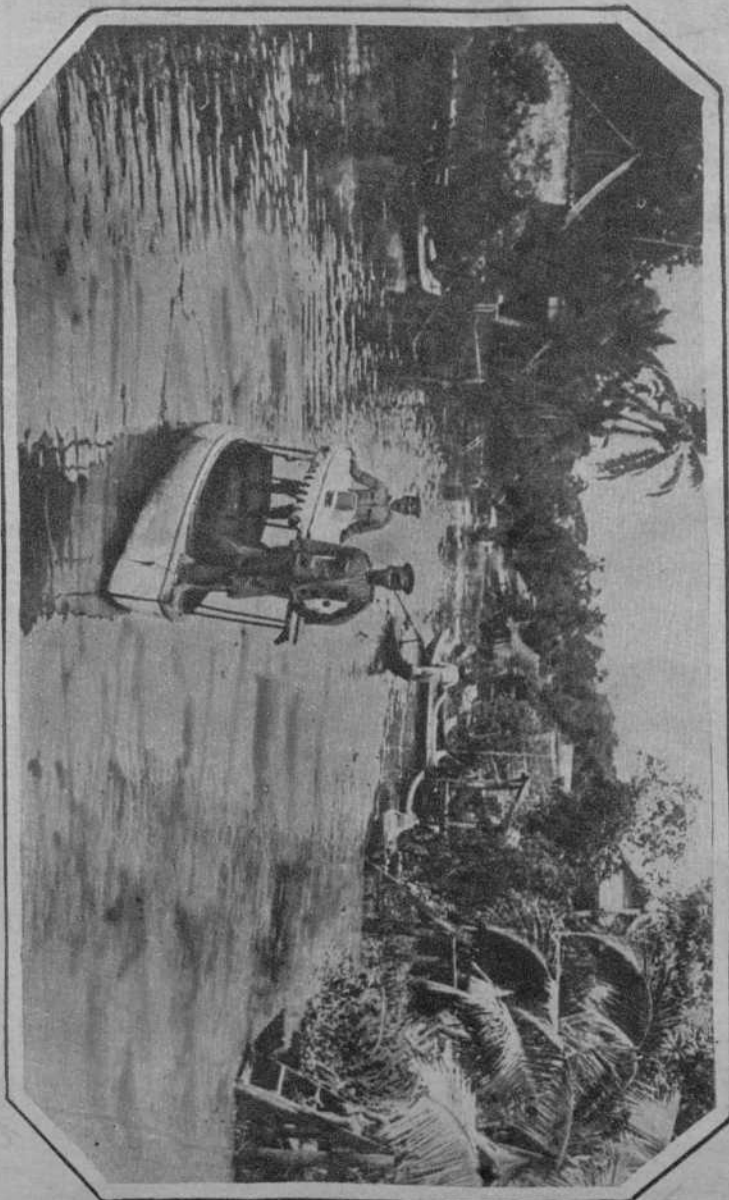
El correo aéreo alemán.



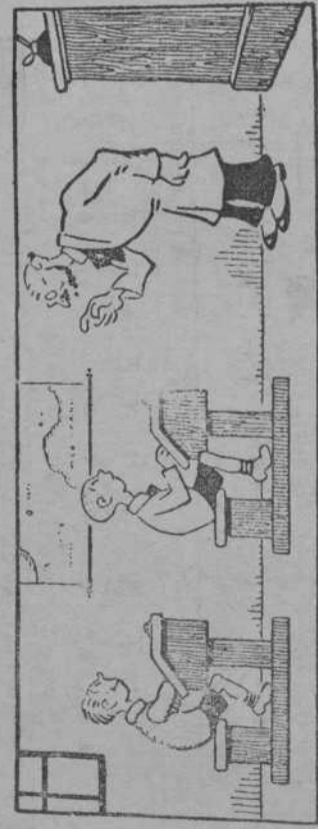
En una colonia de deportados, en Siberia.



En los Altos Alpes: El trineo arrastrado por perros japoneses. (F. St. Sierbi).



En Siam: El correo en canot automovil, camino de Bangkok.



—A Levante tenemos el río. A Poniente la montaña. ¿Qué tenemos a mediodía?
—La comida.

Salpicaduras

—Oiga. ¿Cuánto vale este canario amarillo?
—Nueve pesetas.
—Sólo llevo diez céntimos.
—Pues vaya ahí enfrente y pida un plátano, que es amarillo y es de Canarias.
—Disculpeme; pero dice mamá si podría prestarle el gramófono por un par de horas.
—¿Van a dar un baile?
—No; lo quiere para que no lo haga tocar, porque desea dormir la siesta.

—El tío ha venido a pasar una tarde con sus parientes.
—¿Cuándo me vaya te daré dulces.
—Pues entonces, tío, márchate en seguida.
—¿Cuántos huesos tiene el cuerpo?
—No le dije ayer doscientos siete?
—Sí, pero anoche comiendo ciruelas me tragué uno.

—Figúrese usted si tengo buena puntería que, de cien tiros, he hecho blanco en noventa y nueve—decía un muchacho.
—¿A qué distancia?
—A diez pasos.
—¿Y cuál era el blanco?
—La fachada de la Catedral.

En la escuela:
—Vamos a ver, Arturito: usted que es el más haragán de la clase, me va a hacer una composición titulada «Los efectos de la pereza».
Al cabo de una hora Arturito le presenta una hoja en blanco.
—Al ver esto, el profesor le dice:
—Y esto, ¿qué significa?
—Los efectos de la pereza—contestó Arturito.

Esta cantidad de radio y de helio les indica desde qué tiempo existe el radio en la roca, o lo que viene a ser lo mismo, la edad de la roca que se estudia.

Aventuras de Totó



La misteriosa desaparición de la pitana

El porqué de las cosas ¿Qué es lo que da tanta fuerza al vapor?

Existe un viejo proverbio que dice: «La unión hace la fuerza». El poder del vapor es un ejemplo de ello, pues puede hacer andar un buque en el mar, un ferrocarril con una enorme carga y puede hacer saltar rocas enormes, etc., y todo su poder resulta de la unión de una infinidad de fuerzas minúsculas.

Al hablar de vapor, nos referimos al vapor de agua, es decir, al agua en forma de gas. Este gas se forma bajo presión y tiene la facultad de dilatarse: es esta fuerza de expansión la que hace todo el trabajo. Luego este gas se enfría, se condensa y se hace visible y es bajo este aspecto que constituye el vapor. El poder del vapor se debe a las pequeñísimas moléculas de agua de que se compone; cada una de ellas vuela en todas direcciones tratando de escapar y por lo tanto choca contra todo lo que la retiene. La fuerza de cada una de esas moléculas es reducidísima, porque la cantidad de materia que contiene en cada una es muy pequeña.
Si usted tuviera un martillo tan pequeño que no se le pudiera ver, le sería imposible meter con él un clavo, pero como hay en ellos millones de esos pequeños martillos, ellos son capaces de ejecutar todo el trabajo que debemos al vapor.

El radio es tal vez el reloj que nos enseñará el tiempo pasado

Las maravillas del radio no son límites y cuanto más lo conocemos más extraordinario nos parece. Últimamente han descubierto que puede constituir una especie de reloj con el cual se podrá medir los tiempos pasados. No es difícil demostrar cómo se puede hacer esto.

A medida que el radio irradia calor, se transforma, y de esta transformación resulta la producción continua de otro elemento llamado helio. Su nombre viene del que los griegos daban al sol, pues es en el sol donde se le encontró primero, gracias a un procedimiento muy curioso que se llama el espectro. Se puede observar el radio día tras día y se puede medir con precisión la velocidad exacta con la cual él produce helio de su propia substancia. Esta es la solución del problema, pues resulta evidente que si se encuentra en una roca una cierta cantidad de helio, producido siempre y únicamente, por el radio, será muy fácil calcular la edad de la roca en cuestión. Esto es lo que sucede actualmente. Los sabios examinan diferentes clases de rocas tomadas en distintos niveles de la corteza terrestre, y determinan la cantidad exacta de helio que contienen y la cantidad correspondiente de radio.

Esta cantidad de radio y de helio les indica desde qué tiempo existe el radio en la roca, o lo que viene a ser lo mismo, la edad de la roca que se estudia.

LEONIDA

por
CARLOS KINGSTON



En el momento en que Raush se decidió a matar a Melsom, su espíritu, hasta entonces lleno de emociones exasperantes, recobró una tranquilidad curiosa. El había esperado algo completamente diferente y le asombró la firmeza de sus nervios y la claridad de su visión.
—Me extraña que no lo haya hecho antes—murmuró volviéndose para mirarse en el espejo.
Cuarenta años habían fijado en su rostro un tipo determinado y acentuado, que revelaba una boca firmemente por acentuadas líneas que aislaban la nariz y le daban un perfil duro y brusco. Las malas lenguas declaraban que la nariz de Raush tenía derecho a promover un juicio por libelo contra su cara; pero sus amigos—y tenía muchos—opinaban que esa nariz correspondía a los energicos rasgos de una personalidad fuerte y dominante que no estaba dispuesta a quedarse en el lado del perdedor.

Raush no veía motivos para desaprobarse a sí mismo. Tenía cerca de seis pies de estatura y quince años suficiente para dedicarse a esos juegos y deportes que conservan las aptitudes físicas. Nunca había lamentado su falta de cultura literaria porque ésta habría implicado una inclinación a juzgarse y criticarse.
Distimulando sus defectos y no obstaculizando sus buenas cualidades, había adquirido vasta simpatía que le acompañó hasta el día en que Elena Chepstov le negó resueltamente su mano y su fortuna.
Indudablemente la culpa era de Melsom—que no podía ser suya, de

Raush,—de Melsom que era tío y tutor de la joven, y que no debía contentarse con tanta simpatía desde el día en que él le había bautizado de Melsome-en-todo Melsom. Sin embargo, el pretendiente rechazado había incluido hasta entonces al tío de Elena en el círculo de sus amigos, pues Melsom era rico e influyente y, como Raush mismo, podía permitirse el lujo de una bohemia aristocrática. Ahora le detestaba, y al caminar por la calle complacíase en la idea de aferrar a su enemigo por la garganta y apretar hasta dejarlo exánime. Era fácil saber dónde encontraría a Melsom en cualquier día de la semana, pues éste tenía su vida como diagrama y visitaba a intervalos completamente regulares a unas pocas relaciones selectas, de Londres y de los alrededores.

Eran las seis de la tarde de un miécoles, día en que Melsom cenaba con la familia Oliver, en Hampstead, no tanto por el placer de su compañía cuanto por la higiénica caminata a través de los terrenos cubiertos de brezos que se extendían entre la estación del subterráneo y la casa de sus amigos. Desde hacía años Melsom dedicaba a los Oliver la noche de todos los miécoles, y Raush consideró de buen augurio que hubiese adoptado su gran decisión en la noche más apropiada para realizarla.

Apenas había luna cuando Raush cruzó el terreno descubierto y se encontró a poco entre el matorral de brezos. Aparentemente era el único ser humano a una milla alrededor. La brisa de esa noche de junio era suavemente calmante, después del calor del día, y tanto se distrajo disfrutando

tándola, que sacó un cigarrillo e iba ya a encender un fósforo cuando recordó la necesidad de permanecer lo más invisible que pudiese.

Luego dio en pensar lo que dirían sus amigos cuando se encontrara el cadáver de Melsom. Por supuesto, no sospecharían de él; no pertenecía a esa clase de tipos que se convierten en criminales. Sonrió al imaginar su futuro inmediato y lo interesante que resultarían los diarios parados.

Ni por un momento dudó de que Melsom pasaría por ese camino esa noche. Melsom era el individuo menos propenso a alterar sus planes y los Oliver eran la personificación misma de esa regularidad suburbana, apacible, correcta, sin sorpresas ni contratiempos.

De pronto se aproximó como buscando protección, a la masa de matorrales, en momentos en que un hombre bajo, grueso, de sobretodo abierto sobre traje de etiqueta, doblaba un recodo del camino y se acercaba, anunciado por el aroma de su cigarrillo. Raush le dejó pasar y caminó cincuenta pasos. Luego se dirigió rápidamente tras él.

—¡Hola, Melsom! — exclamó—, ¿Viene de casa de Oliver?

El tío de Elena hizo una señal afirmativa, aliviado, por la cordialidad de Raush, de la inquietud que en el primer momento le produjo el encuentro. Pues su mejor pensamiento había sido que el pretendiente rechazado creía que la actitud de Elena se debía a los consejos de Melsom. Pero era evidente que Raush no pensaba tal cosa y el hombre más pequeño y más débil caminó al lado de su fortuito acompañante ha-

Hando de trivialidades harto desproporcionadas a las circunstancias. Se hallaban en lo más estrecho del camino entre espeso matollar, cuando a Raush se le cayó el cigarrillo y se agachó para levantarlo. Al arguirse de nuevo vio delante de sí la cara apacible de Melsom que fumaba con voluptuosa despreocupación.



...y camió al lado de su fortuito acompañante, hablando de trivialidades...

—A propósito—dijo Raush de improviso—. Supongo que Elena le ha dicho que me ha rechazado.

—Sí... está... hablo algo de eso—contestó Melsom esforzándose por conservar la serenidad—. Pero espero, amigo, que no habrá sido para usted un gran disgusto. Elena es una muchacha muy joven y no sabe realmente lo que piensa.

—Ella no sabe—murmuró Raush con acento de odio—y por eso ha dejado que piense usted por ella.

El anciano dióse cuenta del peligro y se volvió para echar a correr. Pero Raush saltó sobre él como un tigre y durante la lucha que siguió, el fúncio ruido que se oyó fué el caído por los pies de su víctima en la tierra del camino. El terror que nació cuando comprendió que Raush se hallaba en el matollar a las once de la noche, casi había matado a Melsom y Raush hizo el resto; pero le costó más de lo que había calculado.

Profundamente fatigado por el esfuerzo terrible, Raush permaneció algunos minutos tendido en el césped. El cadáver yacía entre los brazos a pocos metros de distancia. El pensamiento principal del asesino estaba inspirado por el asombro de que hubiese necesitado tanto tiempo y tanta fuerza para arrancar la vida de ese hombrucillo enfermizo.

—No es extraño que los médicos a veces realicen curaciones; la vida es tan tenaz... se dijo volviendo la cara al suelo refrescante del viento.

Cuando recobró el aliento se puso de pie en un salto y comenzó a preparar el regreso a su casa. Sacudido se el polvo de las ropas y reflexionó en lo que haría en seguida. Todo se presentaba en su favor y si no sabía aprovecharlo, la culpa sería sólo suya.

Unas cuantas miradas penetrantes le convencieron de que los alrededores continuaban completamente desiertos, y sin un solo pensamiento para el cadáver echó a caminar en dirección del metropolitano.

Tres horas después penetraba en su habitación. Detúvose cautelosamente un instante junto a la puerta de su criado y escuchó; ronchaba como un bendo. Se dirigió a su habitación y durmió completamente olvidado del mundo hasta las diez de la mañana en que entró Perkins trayendo le el agua caliente para afeitarse.

—¿Algo interesante en los diarios, Perkins?—preguntó soñoliento. Era la pregunta de todas las mañanas.

—No, señor—contestó el criado mientras asentaba la navaja.

Sin embargo, a la mañana siguiente no hizo la pregunta acostumbrada, pues entonces el cadáver de Arturo Melsom había sido encontrado; el misterio de su muerte era el asunto sensacional del día, y Melsom más de una vez había cenado con él y se había granjeado la consideración de Perkins con sus prophanas inmerecidamente generosas.

La primera persona que visitó a Raush con la abierta y confesada intención de hablar sobre el asesinato de Arturo Melsom, fué Fineas Gribb, un artista que poseía el perro y un «pedigreco» y ocultaba el hecho de que el «pedigreco» pertenecía al perro. Insistía en su amistad con Raush, basándola en el hecho de que no tenían ningún gusto en común y que, por lo tanto, no podían ser rivales.

—Qué caso más horrible este de Melsom, ¿eh?—dijo empunhando el cuello del botellón de licor, mientras su hésped le miraba con reprimido malhumor.

—Sí, es algo impresionante—murmuró Raush, al fin, preguntándose mentalmente si el hecho de no haber expulsado a Gribb a puntapiés era una señal de conciencia culpable.

—¿Quién hubiera dicho—continuó Gribb arrellanándose en un sillón, que ese anciano figuraría alguna vez en un diario bajo el título de «Misterioso crimen»? ¿Se ha hecho usted alguna suposición sobre el crimen, Raush? Me han dicho que Melsom tenía un sobrino que fué condenado por falsificar. ¿Quién sabe si no ha sido este último...

—No sé nada—dijo, obligado, a pesar suyo, a defenderse—no sé nada ni quiero pensar. Me causó una impresión terrible, pues Melsom era anti-

guo amigo mío. Y—agregó, aprovechando la ocasión de afianzar su situación—Melsom era el único miembro de su familia que aprobaba mis relaciones con Elena Chepstow.

—¿Por supuesto?—dijo Gribb.

Y en ese instante, Raush sorprendió a su visitante mirándole las manos y se apresuró a ponerlas en los bolsillos, al tiempo que experimentaba su primera acusación de miedo.

Ese «¡por supuesto!» de Gribb podía significar algo.

—Lo que no encuentro bien es que la gente del barrio rico imite a la gente del barrio pobre—prosiguió Gribb, que cuando no le acompañaba el perro se permitía expresiones grotescas—. Melsom no tenía derecho a dejarse asesinar en esa forma.

—La imitación es la forma más sincera de la adulación—dijo Raush, de nuevo tranquilo—. Le ruego que me disculpe, Gribb; tengo que salir. He prometido una visita a la señora de Cepstow.

—¡Oh, sí, sí!—se apresuró a decir el artista—. Lamento que usted no sepa más sobre el asunto—Bryan me decía que si alguien podía esclarecer este misterio, era usted.

El asesino palideció hasta los labios; pero Gribb se hallaba demasiado atento a despejarse del botellón, para que notara la alteración del semblante de su amigo.

Apenas se retiró el artista, Raush bebió en rápida sucesión dos copas de whisky.

—Lo necesario—se dijo sortadamente—. Pero... ¿qué habrá querido decir Bryan?

No lograba definir su estado de espíritu ni comprender por qué experimentaba temor de que sus amigos y por qué el ruido de un paso conocido le hacía ahuir la sangre a las mejillas. Había considerado al crimen con un interés que se podía llamar ajena, hasta que lo había cometido. Ahora estaba dispuesto aún a retener a Elena Chepstow con tal de poder jurarse a sí mismo que era inocente.

La vida prométele mucho si mataba a Arturo Melsom, pero en realidad, nada le había dado en cambio de su acto criminal. ¿Por qué? Movía desconcertado la cabeza y apuraba el paso; lo amhoró al advertir, con sorpresa brutal, que caminaba sin vacilar en dirección a Hampstead y que se encontraba a menos de un par de millas del sitio donde había acechado a Melsom.

Se detuvo y por más de un minuto reflexionó en lo que debía hacer. La inclinación a regresar le pareció una mera confesión de miedo.

—¿Por qué he de tener miedo?—se dijo—. Nadie sospechará de mí, pues todo el mundo cree que Melsom y yo éramos amigos íntimos. Y como con íntimo desaffo continué su camino, sumido en una vaga ensañación, de la que le apar-

PAGINAS INFANTILES

HISTORIA NATURAL

El León

Este gran felino pertenece a la familia de los mamíferos carnívoros.

En la antigüedad se consideraba al león como el rey de los animales y el más generoso de todos, simbolizando con su imagen la fuerza, el poder, el dominio, la virilidad, la monarquía y la majestad. Sin duda por esto, Salomón hizo labrar leones de oro y de plata para adornar el templo de Dios.

Este hermoso y temible animal tiene el cuerpo robusto, recogido; la cabeza grande; las orejas cortas y redondas y los ojos relativamente pequeños con la pupila redonda; el pelaje de color uniforme sin manchas ni rayas, pardo amarillento, y a veces algo agrisado, corto y liso en todo el cuerpo, formando melena en la cabeza, cuello, espaldillas, pecho y collares.

El león se encuentra actualmente en casi todo el continente africano y en algunas regiones del O. y del S. de Asia, y se conocen de él distintas variedades locales, que se diferencian, principalmente, en el color del

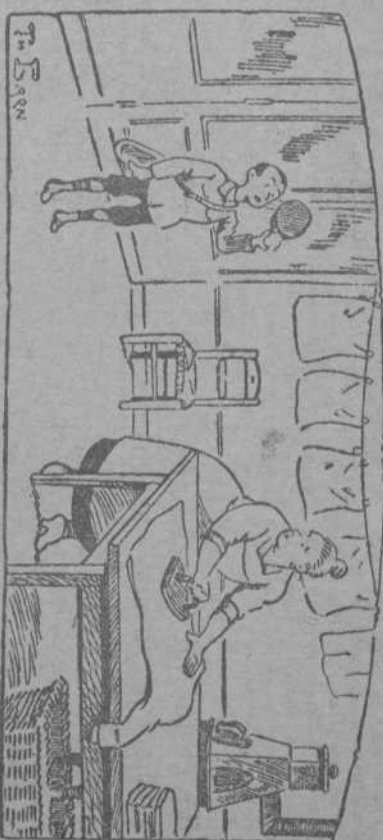


—Pero ¡tonto! Un cerro no vale nada...
—¿Por qué, pues, te enfadas cuando el maestro me pone un cerro en la lista?

sas despreciables los pequeños mamíferos y aves que se refugian en las ramas de los árboles; pero en caso de necesidad, tanto el león como la leona, pueden trepar, fácilmente, por el tronco liso de un árbol.

Mr. Alfred Sharpe, comisario en el África inglesa, asegura haber dado muerte a un león que estaba oculto entre las ramas de un árbol, y visto, además, a otros leones trepar por los árboles para acechar desde allí a su presa, y caer inopinadamente sobre ella.

Rara vez el león—dice el doctor Livingstone—ataca al hombre; si elevada estatura parece inspirarle respeto. En el Suda, donde tanto abundan los leones, no hay



—Dice mi papá que le ha cobrado la camisa que se le ha perdido a usted...
—¡Claro! ¡Como que la he perdido después de haberla, phanahado!

ejemplo de que uno de estos fieros carnívoros haga devorarlo a un hombre, mientras que los cocodrilos y las hienas, ocasionalmente, con frecuencia, muchas víctimas de la especie humana.

Resulta peligroso huir ante uno de estos formidables felinos, pues con bastante ligereza se les ha visto perseguir y alcanzar a cazadores temerarios montados sobre briosos corceles. El que tiene suficiente valor para permanecer tranquilo frente a frente con un león, raza vez debe temer nada de él; mas para arriesgar así la vida, se necesita una gran dosis de serenidad y bravura, de la que no todos los cazadores están dotados.

No es posible formarse idea, refiere Livingstone, de la impresión que el rugido del león produce en los demás animales: la hiena deja deullar y el leopardo de gruñir; los monos lanzan agudos chillidos y se refugian atemorizados en lo más alto de los árboles; los antílopes huyen desamparados por las breñas y los camellos tiemblan de espanto, no atende a la palabra del guía, arroja su carga y el jinete, buscando

H. S. N.

UN BUEN CONSEJO



—¡No te vayas a jugar con los chicos de la calle!...
—¡No te vayas a jugar con los chicos de la calle!...
—¡No te vayas a jugar con los chicos de la calle!...
—¡No te vayas a jugar con los chicos de la calle!...
—¡No te vayas a jugar con los chicos de la calle!...

RECUERDO DE UN CURSO

La clase de pintura del señor Caba

«Allí daba la clase de pintura el señor Caba... dijo un venerable maestro de dibujo...

«No podéis pensar la distancia que me- dia entre los estudiantes de entonces y los de hoy...

A la entrada de un discípulo nuevo, se le hacía pagar enojetas, que generalmente consistía en un buen trague de buñuelo...

Con todo, el venerable Caba podría decir siempre, que la bondad del árbol está en sus frutos...

«El sabio maestro Caba tuvo su época de prestigio. Era autoritario, eso sí, sus discípulos le temían, pero le querían...

«La salud de la clase muchas veces se transformaba en un apoteósico xiquetes de Vallés en que lucían sus bíceps Barrau, Buxó...

«Los porteros de dicho salón no podían vernos, y la despedida del curso fue fatidica para ellos...

«Después de una buena comida, puros a medio acabar, cigarrillos de todas clases, espléndidas tagarinas, esmaltaban el pavimento...

EL NOBLE ABOLENGO DEL AJEDREZ

El primer torneo mundial de ajedrez

La corte madrileña de 1572 fué testigo del primer torneo internacional de ajedrez habido en el mundo...

En aquel torneo participaron los mejores maestros internacionales de la época, citándose entre los más prominentes españoles...

«La noticia de una victoria o de una derrota de aquel torneo era circulada con suma rapidez de extremo a extremo de España...

«La noticia de una victoria o de una derrota de aquel torneo era circulada con suma rapidez de extremo a extremo de España...

«Felipe II cita a palacio a Ruy López Noticioso Felipe II de novedades ajedrecistas, cita a palacio a los principales maestros...

«Como Ruy López ascendió a obispo Desde entonces, el célebre monarca invitaba casi todos los días a Ruy López para jugar con él en su morada...

«Y cómo el ajedrez salvó a un reo de la horca Hecha la reconciliación, quedaron confesor y reo en amigable conversación...

«Y, bien—le preguntó el monarca ¿Está todo dispuesto? Señor, el reo se resiste a la ejecución. ¿Cómo es eso?—interrogó Felipe II.

«Señor, en la corte no hay ningún obispo; ayer murió el de Zamora y el de Palencia está ausente. ¿Qué se pensativo el monarca y, dirigiéndose a Ruy López, le dijo: Levántate, obispo de Zamora, y vete a asistir al reo.

tó bruscamente el grito de un vendedor de diarios: ¡El crimen de Hampstead! ¡Un arresto!

«¡Ven, chico!—llamó, y ni siquiera pidió la vuelta de la moneda de medio chelín, que se llevó el muchacho prosiguiendo su carrera...

Hacia como un minuto que Rausch permanecía abstraído ante la hoja impresa cuando alguien le tocó el brazo. Alzó la cabeza con una expresión de fastidio y vio la cara rozagante de un policía vestido de paisano.

«Disculpe, señor—le dijo el policía con suma cortesía—. ¿Quiere usted hacer el favor de entrar un momento? Y señaló con el pulgar un edificio de aspecto sombrío.

«Se trata de ese asesinado en el matarral de brezos. Esta mañana de tuvimos a un individuo en virtud de la declaración de un carpintero, quien dice que vio a un hombre muy bien vestido cerca del sitio donde fué cometido el crimen.

«Vamos a proceder a una identificación en rueda de detenidos—contestó el policía—pero el sospechoso ha pedido que lo coloquen en un grupo de personas de su clase, bien vestidas, como él, y no en un grupo de obreros o de vagabundos...

«Efectivamente—dijo el asesino y comenzó a pensar en cuanto a la identidad del detenido. Rausch miró hacia la comisaría y se tranquilizó al ver a cuatro hombres que franqueaban la entrada.

«Sí, iré—contestó sonriendo. Al fin y al cabo, peligro no había, pues estaba seguro de que nadie le había visto en el camino del matarral. La habitación en que se le hizo entrar parecía vacía y desnuda...

«Silencio, señores; hagan el favor de callarse! Dentro de un instante entrará la persona que tratará de identificar al hombre que vio cerca del sitio donde fué asesinado el señor Melson. La mención del nombre del muerto hizo recordar a los presentes las circunstancias trágicas que los congreaban y todas las miradas se fijaron en la puerta.

«¡Ahí viene!—dijo el sexto de la fila. El que acababa de entrar era un hombre ya anciano, de cabellos es-

tre rojizos y canos; su actitud denotaba la determinación de aprovechar su momentánea importancia.

«Oiga, señor Wright—dijo el inspector hablando con gesto enfático y lento—: puede usted tomarse todo el tiempo que quiera. Pero no debe hacer preguntas. No se precipite, y si no reconoce al hombre que dice haber visto la noche del asesinato, dígalo francamente. ¿Comprended?



«Bien, señores—dijo el inspector vivamente—: tengan la bondad de ponerse en fila.

Con lento paso, el carpintero recorrió dos veces la fila, escudriñando cada rostro con la gravedad de un general que inspecciona un batallón. Cada vez que pasó delante de él, Rausch experimentó la sensación de un hombre salvado de la muerte: pero cuando el carpintero se detuvo junto al inspector, le invadió una sensación de sofocación.

«Bien—dijo el inspector con voz firme y rápida—. ¿Está en esta fila el hombre que usted vio?

«El carpintero hizo una señal afirmativa. —Aproxímese a él y póngale la mano en el hombro—dijo el inspector.

Rausch, que había vuelto un poco la cabeza para observar al sospechoso, cuya expresión era inexcrutable, lanzó un grito de terror al sentir caer en su propio hombro una mano pesada.

FIN

LEONARDO DE VINCI UN PRECURSOR DE LA AVIACION

Aun cuando los trabajos de Leonardo de Vinci no fueran proseguidos después de su muerte y que en cierto modo hayan sido perdidos para la ciencia de la aviación, no podemos olvidar hoy a ese precursor genial que se revelara a la vez que gran pintor con su «Gloria» y gran matemático con la determinación del centro de gravedad de la pirámide truncada y que se dedicó, durante muchos años, sin duda al estudio profundo del problema de las aves mecánicas.

Este hombre, cubierto de una gloria sin mancha, al que Italia considera como uno de los más ilustres de cuantos han nacido en su suelo, y a quien Francia se honra en haber dado una tumba, se distinguió en los trabajos más diversos. Se ocupó en astronomía, algebra, botánica, poesía, filosofía, música, anatomía comparada, mecánica, arte militar, hidráulica y en todo sobresalía. Había proyectado lo que luego se realizó después: el transporte de monumentos enteros por medio de máquinas. Su pasión por la mecánica, a la que llamaba «Paralelo de las Ciencias», le impulsaba a emplear las grandes fuerzas de la naturaleza en el acrecentamiento del poder humano.

Estudió la teoría del plano inclinado y el principio de las velocidades virtuales. Recordó la imposibilidad del movimiento perpetuo y observó la resistencia al viento del aire. Creó diversas máquinas para laminar el hierro, fabricar serras, tornillar y cepillar; una máquina para labrar la tierra con ayuda del viento, y una rueda adaptada a los barcos para ponerlos en movimiento. Había imaginado un asador que giraba por el impulso del aire caliente; lamparas con doble corriente de aire y otra multitud de aparatos destinados a facilitar el trabajo humano. De los numerosos estudios que había hecho sobre la aviación este hombre que, en los comienzos de su carrera, asombraba a sus contemporáneos por la profunidad y desenvolvimiento de sus ideas, no nos queda, por desgracia, sino un fragmento de memoria y dibujos que representan proyectos de máquinas voladoras.

Estos escasos documentos demuestran la importancia de los trabajos de Leonardo de Vinci. Por truncados que estén no dejan de ser muy dignos de interés y merecen ser conocidos y estudiados. Leonardo había abordado el problema siguiendo el mismo método racional que se encuentra en todos sus escritos y que le distingue de sus contemporáneos. Antes de llegar a construir sus aparatos de aviación comenzó por la observación y estudio del vuelo de las aves. Tenemos la prueba de ello en el fragmento de manuscrito cuya traducción va más adelante. El principio Boncompagni ha hecho reditar los manuscritos que quedan del gran artista italiano, pero muchos cartones y diversos escritos que había en Milán se han extraviado. Estos manuscritos estaban escritos al revés con una letra fina y apretada lo cual hacía difícilísima su lectura y ha debido contribuir a su pérdida. Es probable que esta manera de escribir, inteligible sólo para su autor, fuera un medio de conservar el secreto de sus descubrimientos, pero el pensador, al proceder de este modo, ha cometido el error de no comprender que si el usufructo de sus invenciones correspondiese al autor, la nuda propiedad de ellas pertenece a la humanidad entera.

Este fragmento, único resto de una memoria, importante sin duda sobre el vuelo de las aves, se encuentra comprendida en la serie de manuscritos que posee la Biblioteca Nacional de París. La traducción que publicamos ha costado no poco esfuerzo, por que la lengua de Leonardo de Vinci se aleja mucho del italiano moderno. He aquí la citada traducción.

«El ave que desciende con el viento de frente o con el viento detrás, lleva las alas cerradas a fin de no ser sostenida ni dificultada por el aire, las lleva fuertemente

apretadas contra el cuerpo para que la fuerza del viento no la arrastre. Cuando el ave lleva los humeros apretados contra el cuerpo y extiende ampliamente la punta de las alas, hace más denso el aire por donde pasa que aquel por donde no pasa, a fin de disminuir la velocidad sin desviarse de su línea de dirección. Pero cuando abre los humeros más que la punta de las alas, es que quiere retardar su movimiento con más energía.

Cuando los humeros y las puntas de las alas, se encuentran colocados en una situación análoga, es que el ave quiere descender sin buscar resistencia en el aire. Cuando el ave en su descenso uno o más las alas hacia atrás, es un signo manifiesto de que quiere acelerar su caída. En este caso, la resultante de los efectos que se combinan entre sí, prueba la voluntad del ave.

Una de las alas extendida y otra replegada nos muestra que el ave desciende con un movimiento de rotación alrededor del ala plegada.

Las alas igualmente recogidas, demuestran que el ave quiere descender en línea recta. Pero si tiene el viento atrás, retardará su movimiento hacia el final de su carrera y mantendrá las alas igualmente abiertas, sin lo cual sería derribada por el viento. Acerca a su cuerpo el ala a cuyo alrededor quiere girar y detrás de esta ala desciende, del mismo modo que detrás de ella gira cuando quiere subir o bajar.

Mi contradiuctor dice—Leonardo sostenía una polémica—haber visto las pruebas que establecen que el ave, cuando tiene las alas completamente abiertas, no puede descender verticalmente sin peligro ni riesgo y deduce que el animal no puede ser proyectado directamente hacia atrás, porque no puede negar las dichas pruebas, así como tampoco puede caer cabeza abajo. Pero mi contradiuctor se pregunta si la línea que sigue la anchura de las alas fuera perpendicular a la tierra, no desendería el ave desde dicho punto verticalmente con relación a esta línea. A esto se responde que entonces la parte más pesada del cuerpo no seguiría el movimiento y tal movimiento sería contrario a la ley del movimiento que está demostrado ser constante. Los músculos directores del ala del ave son los que hacen que inmediatamente ésta se encuentre sobre o bajo su ala y por sus pequeños movimientos hienden el aire según una línea cualquiera; a través de esta hendidura del aire, el ave avanza luego con facilidad. Y el pájaro desenderá hacia atrás porque su centro de gravedad está más cerca de la cabeza que de la cola. El ave desciende siempre con todo, o parte de su movimiento, siguiendo una línea en la cual está su centro de gravedad y más próxima a la extremidad de la anchura del ave.

Por el contrario, ya he dicho que la parte que está más próxima a su centro de gravedad, ayudada al descenso, cuando una sola parte está cerca de este centro de gravedad del cual quedarán equidistantes las extremidades de las otras partes opuestas, como cuando el ave acerca su cabeza al busto conservando las alas a igual distancia del centro del cuerpo y la cola, mantenida derecha, se ensancha; en este caso el ave bajará con la cabeza hacia adelante y el cuerpo se colocará según su eje longitudinal para operar este movimiento.

Pero cuando, en tal movimiento, una de las alas se recoge, entonces el descenso del

ave se efectúa entre el ala plegada y la cabeza. Y si, en el movimiento de las alas, igualmente abiertas, la cola se inclina hacia cualquiera de ellas, entonces el movimiento del ave se realizará siguiendo la línea directriz que pase entre la cabeza y el ala opuesta. Si sólo la cabeza se inclina hacia una de las alas, igualmente desplegadas, el descenso se producirá, entonces, según una línea oblicua que pase entre la cabeza inclinada y el ala correspondiente a esta inclinación.

La natación sobre el agua enseña al hombre cómo proceden las aves en el aire. Establezcamos bien estos hechos considerando una tablita que cae y cuyo centro de gravedad puede variar en diversos puntos, según su forma.

Estas observaciones se aplican muy bien al milano. Este ave es el ave de mi destino. Recordó que en mi primera infancia, estando en la cuna, un milano vino hacia mí y me abrió la boca con su cola varias veces, y con ella me golpeó la boca.

Si el ave quiere descender al Oeste, con seis grados de oblicuidad sobre la longitud de su cuerpo, y sobre la anchura de las alas, desplegadas, y si quiere, al propio tiempo, descender al Sur con dos grados de oblicuidad, se verá que, su descenso verdadero, se encontrará en medio del sudeste y el oeste y se prueba de este modo:

Sea la línea «ab»—longitud del ave—dirigida al Oeste en «b»; la línea «c» represente la longitud de las alas vueltas al sur en «d». Ahora bien como la línea «a» «b» tiene seis grados de oblicuidad al oeste y la línea «c» «d» sólo dos al sur, o sea un total de ocho grados que comprenden ocho cuartos, o sea doscientos y sesenta y cuatro, el sudeste, «b» «d», o sea trescientos y sesenta y dos, que comprenden doscientos y sesenta y cuatro, más aproximada a «b» que a «d» cuando la potencia «b» sea superior a la de «d», de tal suerte que siendo «b» seis, o sea 12, lo que hace ocho, la resultante cortará un medio proporcional según una relación directa que dividida a ocho de este modo,

Este fragmento, que formaba seguramente la parte de un trabajo completo, prueba que el vuelo de las aves era ya objeto de serios estudios de parte de otros varones sabios de aquella época. Leonardo se ocupa de un contradiuctor desconocido para nosotros; responde y le retaña, demostrando que había observado con tanta seguridad como cuidado el vuelo de las aves; la mayor parte de sus indicaciones son exactas. Consigna las diversas posiciones de las alas, de la cabeza y de la cola, según las tendencias de la dirección del viento, e indica la manera con que debe obrar el ave bajo las diferentes presiones del viento.

La parte capital de este fragmento, es la que se refiere a los propios principios del vuelo. Leonardo de Vinci establece que, siendo el ave más pesada que el aire, se sostiene y avanza haciendo «a este flido más donde allí donde pasa que por donde no pasa». Había, pues, comprendido que el animal, para volar, debe tomar su punto de apoyo en el aire y el conjunto de esta teoría se acerca mucho a las teorías modernas que se fundan en la influencia de la velocidad sobre la suspensión.

LA TENTACION

CUENTO

Margarita y Marcela eran hermanas gemelas, de tan peregrina hermosura, que nadie podía contemplarlas sin quedar fascinado por la atracción de sus primorosos encantos.

La belleza física de ambas no podía ser más sorprendente; los mismos rasgos; idénticos ojos azules; de abundantes y doradas cabelleras, que caían sobre sus espaldas cual aureo manto; pero en la belleza moral no se parecían nada absolutamente. En Margarita, de trato afable y sencillez, un énfasis de virtudes tenían fuerte rai-gambre en su corazón, más hermoso todavía que la incomparable belleza de su rostro; en Marcela, al reverso de su hermana, eran todo ambiciones y egoísmos, que continuamente la instaban a abandonar la vida agnóstica y humilde que llevaba, por otra de leyes y placeres que su imaginación so-Badora creaba.

La falta de medios materiales para su mantenimiento, las había obligado a cuidar de un pequeño rebaño de ovejas, único legado que recibieron de sus padres al morir; mas si esto suponía para Margarita una cuantiosa herencia que debía conservar y otra cosa que la demostración evidente de su pobreza.

Ambas hermanas tenían su misión distinta durante el día. Mientras Margarita salía muy de mañana a la búsqueda de extensas praderas que ofreciesen abundante y sabroso pasto a sus ovejillas, Marcela quedábase en la choza en que moraban, procurando de la pobreza en que vivían, o bien dejando galopar su imaginación por un mundo de artificios y de enseñores, en el que ella, alimentada de la absurda ilusión de verse convertida en reina, gozaba de las glanzas homenajes tributados a su delicada hermosura por un brillante cortejo de adalides palaciegos.

Un día, como de costumbre, Margarita salió al campo con su rebaño. La virtuosa zagala, que no conocía, ni de manera leve, la ambición en la envidia, al contrario, estaba agradecida a Dios por los dones con que la columna, caminaba sereniante y feliz entre aquellas ovejillas, a las que adoraba porque comparaban con ella, el encanto de su tranquila vida. Apenas hubo llegado al sitio propicio para que el rebaño acompañase a sus anchas, hizo alto en la marcha y sentada junto a un riachuelo que serpenteaba gozoso y juguetón entre la dulce cartaría de sus cristalinas liras. Allí, en aquel poético paisaje, Margarita dejaba desahogar las horas inasible a todo lo humano para pensar en los gozos celestiales de que disfrutaba su buena madre y que tanto de-leite causaba a su espíritu. Así transcurrieron muchas horas, que a Margarita le parecieron unos minutos.

Ya la noche comenzaba a tender su cenital de sombras y de misterio sobre la hermosa campiña, y la pastora disponíase a emprender el regreso, cuando oyó una voz, quizá la del diablo, que siempre anda a la conquista de almas para llevarse al averno, que pronunciaba unas palabras im-tolgibles para ella. Como es natural, Margarita, de arrabalgadas creencias cristianas, maligno que la acechaba, pues volvió la cabeza y no vio a nadie, lo que llenó de inquietud; pero tranquilizó unos instantes, hizo más clara y perceptible la voz.

«¿Forse avesso l'ale di volar sulle nubi più felice sarai?»

y oyó que decía: —Linda pastora, eres digna, por tu hermosura y distinción, de ocupar un trono recamado de fulgente pedrería y gozar de todas las riquezas que te brinda mi palacio. En él nada ha de faltarte, desde los más delicados manjares a las más ricas y codiciadas preseas. Una nutricia legión de criados estará siempre dispuesta a complacerte en tus más exigentes y fantásticos caprichos. Para real-zar este sueño maravilloso no tienes más que declarar tu asentimiento a mis palabras. Piensa que la vida de felicidades y riquezas que te ofrezco es miles de veces preferible a esa otra vida de trabajo y pobreza que inmerecidamente, por tu culpa, estás soportando...»

Caló aquella voz tan llena de risueñas tentaciones; y Margarita, sin pérdida de tiempo, regresó a la choza. Fluyendo oír-lo material, se acordó sin probar bocado del humilde yantar que había preparado su hermana, y no le dijo a ésta nada de lo ocurrido, pues quería evitar a todo trance que la coñicia acabase de pervertir su corazón...

Así, repitiéndose el caso, transcurrieron algunos días sin que aquella voz, que parecía tan tiernamente a Margarita cuando salía con su rebaño, la tentase a abandonar la senda del bien y es que el corazón de ésta, para la falsía y la perversión era duro como el diamante.

Marcela, que desconocía de su hermana, pues algo extraño debía sucederle, ya que no le permitía a ella salir con las ovejillas, tras mucho cavilar procuró un medio factible para sustituirla en sus salidas al campo.

Con el zumo de diversas hierbas preparó un brebaje, que dio a beber a Margarita durante la noche, valiéndose del pretexto de que era una medicina que le devolvería la salud perdida. Aquel brebaje, que no era otra cosa que un narcótico, hizo su efecto, sumando a ésta bajo la influencia de un dulce sopor, y la pérdida Marcela aprovechó esta circunstancia para salir a que aparentase el rebaño.

Obedeciendo a una fuerza irresistible que la arrastraba hasta allí, llegó al sitio que acostumbraba ir su hermana. Como siempre, comenzó a soñar en las grandezas y esplendores que eran su tenaz obsesión, cuando a su espalda oyó la voz misteriosa que le decía: —Si atendieras el consejo que vengo repitiéndote todos los días, tu vida sería distinta. Lo que hoy es para ti pobreza mañana, si quisieras, podría convertirse en riqueza. Los pecarales que cubren tu cuerpo espeso se trocarían en sedas, y las galas más sumosas adornarían tu garganta de alabastro. Puedes, por tu hermosura, convertirte en reina y preferir ser una humilde zagala. Si tú quisieras...»

Deslumbrada por tan tentador ofrecimiento, que era la irrealizable ambición de su vida, Marcela preguntó: —¿Quién quiera que seas... ¿Cómo puedo poseer lo que de manera tan gallante me ofreces? —Atendiendo mis instrucciones—respondió la voz.

—¿Di, pues, qué debo hacer? —Oye bien; ahora mismo, antes de que el sol se hunda en su ocaso, emprende la marcha por este sendero de la izquierda,

y sin abandonarlo llegarás, cuando comience a clarear el día, ante una gruta custodiada por un canchero que es un fiel guardián; al salir a su encuentro lo acariciarás, pasando la mano por sus tres cebras, y, decíle, se echará a tus plantas y te franqueará el paso. Ya dentro de la gruta, verás a la izquierda una soberbia puerta de oro, y que con sólo tocarla con el dedo índice se abrirá. Ten presente que todas las riquezas que se acumulan en aquel sumoso palacio te pertenecen, con la condición de que no te las puedes llevar. También te rugo, para bien tuyo, que no ses abrir un arca que hay en un ángulo del dormitorio que se te destina...»

Así lo haré—prometió Marcela, y emprendió la marcha apresuradamente. En aquel momento, deseó tener alas para volar prestamente en pos de la felicidad y la riqueza, y pensando en tan risueña como extraña aventura, al limpiar el nuevo día, vio confirmadas sus ambiciosas esperanzas. Atendióse a las instrucciones recibidas por la voz misteriosa, acarició con la fina palma de su mano, aunque con increíble repugnancia y miedo, las tres cebras del monstruoso canchero, que, fascinado, se tendió a sus pies. Ante la puerta de oro, su corazón latió con violencia, como si fuera a escaparse del pecho. Entonces con su dedo índice la puerta, y ésta giró sobre sus goznes. El asombro que le causaron tales magnificencias allí acunadas, le dejaron realmente deslumbrada. Era, inconcebibles y fantásticas las riquezas que encerraba aquel palacio, tanto, que había de ellas sería un palido reflejo de lo que en realidad suponían.

Marcela, con la prisa de verlo todo, iba de un sitio a otro, asuciada por la voz de la ambición, que la llevaba de tesoro en tesoro, hasta que llegó a su dormitorio, en donde permanecía el arca. Fijóse en ella con una mirada penetrante, cual si quisiera escudriñar lo que en su interior había, y entonces se acordó de la promesa de no abrirlo. Intuitivamente intentó apartarse de allí, pues sus pies, cual si estuvieran pegados al suelo, se negaban a retroceder. A Marcela, que era de una codicia sin límites, comenzó a atormentarla, el deseo de saber lo que el arca encerraba, y como la curiosidad es patrimonio de la mujer, dispúose a abrirlo y lograr su insensato capricho. Y, decidida, con la esperanza de que en ella se escondía lo más valioso de aquel palacio, sus manos primorosas, en cuyos dedos fulgían, en destellos multicolores, los más lindos anillos que en un confrecho encontrara, comenzaron a mover los herrajes, que gemían, por estar empuñados a causa del mucho tiempo que habían permanecido inactivos.

Con todas sus fuerzas levantó la pesada tapa, pero ¡oh terrible desencanto!, del fondo del arca salieron, en informe masa, monstruosos serpientes, que, queriendo castigar su osadía, se enroscaron al cuello de la imprudente Marcela, que se debatía por el suelo en convulsiones de muerte.

—Este fue, queridos niños, el trágico fin de la ambiciosa heroína de nuestro cuento, que pudiendo ser inmensamente rica con los tesoros que había en aquel palacio, dejóse arrastrar por su innata ambición, que le costó la vida...

JULIO FERRANDIZ PABDO